

Resiliencia de prácticas tradicionales campesinas en la región de los arrieros (Cuyo – Argentina): marcas, rondas, aguadas, campos comuneros y... artesanías

Patricia Dreidemie

pdreidemie@unrn.edu.ar

Universidad Nacional de Río Negro, CONICET - ARGENTINA

Resumen

Desde una metodología etnográfica, se expone la actualidad de prácticas campesinas invisibilizadas, su historia y significación social, en una macroregión marcada por la patrimonialización de los recursos naturales, paleontológicos y el paisaje. El NE del Departamento de Valle Fértil (San Juan) y Los Llanos riojanos (SO de La Rioja) son conocidos por la gravitación de los Parques Nacional de Talampaya, y Provinciales de Ischigualasto y el Chiflón, y sus áreas adyacentes, declarados Patrimonio Natural de la Humanidad (UNESCO 2000).

En un territorio donde se disputan jurisdicciones y controles, la población local mantiene prácticas rurales fuera de la mirada externa, valoradas como clivajes de memoria familiar y comunitaria. El sistema de marcas y juntas (o rondas) de ganado, el uso comunitario de aguadas y campos, y la producción artesanal vinculada con el caballo y el jinete (la guasquería, el tejido en telar criollo, la herrería y el trabajo en madera para elaborar estribos y monturas) muestran la persistencia de prácticas comunizantes que resisten los embates extractivistas del “corredor de los llanos”.

Su resiliencia es además indicio de un entramado sociocultural que rememora trayectorias, actores y simbología iniciada más de 1000 años antes de la conquista. Sus vínculos con la arriería no han sido señalados hasta ahora. Sin embargo, esta vinculación histórica resulta clave para comprender su genealogía y significación regional, la resistencia de sus rasgos identitarios y técnicas, periodos de auge, modos de transmisión local y permanencia.

En sintonía con investigaciones del campo de la arqueología histórica sobre arte rupestre y fuentes etnohistóricas, se fortalece la hipótesis de un área sociocultural común, vinculada fundamentalmente por el arreo histórico de animales, pero también por redes familiares, propiedades comunes, circuitos devocionales, y espacios de juego, que otorgan sentido a “espacios laborales afectivizados” aún vigentes.

Palabras clave

artesanía tradicional – arriería – economía afectiva - Cuyo

Nuestra ponencia se inscribe en una investigación etnográfica que se desarrolla en el Departamento de Valle Fértil, y proyecta extenderse a Jáchal (San Juan) y Valle del Bermejo (La Rioja), siguiendo circuitos de movimiento regulares de pobladores locales.

Se presenta aquí una primera aproximación exploratoria al campo. La presencia del pasado en el presente y la impresión de se trata de una región que se ha constituido como “zona de contacto” (Pratt, 1992) o “zona de frontera” (Barth, 1976) son permanentes en nuestro trabajo de campo. Las fuentes históricas nos informan sobre las diferentes disputas socio-políticas que han sucedido en el lugar entre diferentes lógicas, órdenes del discurso y regímenes de verdad (Foucault 1973): primero en relación al enfrentamiento del orden colonial con el mundo diaguíta (de por sí, también plural);¹ segundo, entre jurisdicciones dentro del mismo orden colonial dado que conforma “tierra de indios” que era disputada entre la Capitanía de Chile y la Gobernación de Tucumán en la época de los encomenderos; y finalmente, hoy en día en un contexto de nuevas colonialidades marcado por procesos de patrimonialización y la primacía de emprendimientos extractivistas (minería, ciencia y turismo).

El discurso hegemónico presenta a Valle Fértil como una región “de gran atractivo turístico y minero por su riqueza natural (fauna, flora, minerales, paisajes, cursos y depósitos de agua)”, y de “alto interés científico paleontológico y arqueológico”, reconocida por la gravitación de los Parques Nacional de Talampaya, y Provinciales de Ischigualasto y el Chiflón, que junto a sus áreas adyacentes fueron declarados Patrimonio Natural de la Humanidad por la UNESCO en el 2000, y por el corredor que reúne varias reservas, en particular, las Reservas Naturales de Laguna Brava y Reserva de Usos Múltiples de Valle Fértil. El 2000 fue claramente un punto de inflexión para las políticas del departamento de Valle Fértil. Hasta ese momento, los funcionarios presentaban al Departamento como “agrícola-ganadero, minero, y turístico”. A partir del año 2000, la fórmula la invierten: ahora lo presentan como “turístico, minero, y en menor grado (y en decrecimiento rápido por la desatención de la problemática del agua), agrícola-ganadero”. El proceso de turistificación y de patrimonialización han ido *in crescendo*, al tiempo que las prácticas cotidianas de las poblaciones locales, en su mayoría rurales, van quedando prácticamente imperceptibles.

¹ Varios estudios contextualizan la categoría “diaguíta” en etnología, historia, arqueología, señalando los debates en torno a su origen, controversias y uso del término. En este artículo, optamos por adoptarla como etnónimo dado que es el modo como hoy se auto-adscribe la población que entiende compartir un pasado común en la región en el marco de un proceso (no lineal, pluridimensional y relativamente reciente) de (re)emergencia de identificaciones indígenas.

Frente a nuestra indagación nos encontramos con el desconocimiento generalizado sobre el pasado y presente indígena o mestizo, un importante vacío de información respecto de la historia sociocultural de las comunidades locales, desmemoria comunitaria relativamente consensuada, silenciamiento de ciertos hitos de violencia física y simbólica (por ejemplo, el borramiento de genealogías autóctonas y el reemplazo de apellidos familiares), e incluso hoy en día la perdurable precarización respecto de la tenencia de la tierra, especialmente en las sierras, zonas cada vez más codiciadas por intereses foráneos.²

A partir de un primer trabajo de campo exploratorio realizado en Valle Fértil, hemos observado que en este territorio donde se disputan jurisdicciones y controles, la población local mantiene prácticas rurales fuera de la mirada externa, valoradas como clivajes de memoria familiar y comunitaria, de alta carga emocional, las que –tras un relevamiento bibliográfico y en base a numerosas entrevistas- identificamos con antecedentes campesinos mestizo-indígenas. Son prácticas comunalizantes (Anderson, 1993; Brow, 1990) que poseen relevancia en relación con una construcción particular de territorialidad (Grossberg, 1992), que se sostienen sobre relaciones afectivas y, por lo tanto, construyen “espacios laborales afectivizados” (Rossi y Canevaro, 2017), y que persisten resistiendo los embates extractivistas del “corredor de los llanos”.

Nos referimos a un sistema complejo y abigarrado de caminos y huellas; prácticas ganaderas como las marcas y juntas (o ‘rondas’) de ganado; el uso comunitario de aguadas y campos; particulares modos de colecta y control en la distribución del agua; la producción artesanal (también vinculada a la recolección y conservación de frutos, de agua, la trashumancia y la ganadería); técnicas artesanales ancestrales; el circuito ritual de visitas y devociones entre (las que hoy se conocen como) capillas o parroquias; la ubicación y distribución de “puestos” en las diferentes lomas; la dinámica de desplazamientos en el espacio (en particular, entre los valles y las zonas serranas, y entre las mismas sierras); conocimientos etnobotánicos, ejercicios curativos, creencias, “brujerías” y salamancas; la vigilancia del espacio (la ubicación estratégica de refugios en lugares de alta visibilidad), la marcación del territorio; algunas “profesiones” como la de rezadoras, rastreadores o camperos, entre otras.

² Varios estudios refieren esta situación: por ejemplo, para nuestra área de estudio, Jofré (2013, 2019), Rodríguez Mamby (2018) y Garcés (2020); para zona cuyana Saldi, Wagner y Escolar (2014); en perspectiva nacional, Svampa y Viale (2014).

La resiliencia silenciosa de estas prácticas (de difícil relevamiento, dado que algunas se mantienen en secreto, o solo son referidas en el ámbito intrafamiliar) es además indicio de un entramado sociocultural que rememora trayectorias, actores, preocupaciones, linajes, afectos, genealogías familiares, simbología y luchas iniciadas mucho tiempo antes de la conquista. En contraste con formaciones discursivas hegemónicas (científicas y sociopolíticas) que reproducen “narrativas discontinuistas” que deshistorizan a los sujetos, presuponiendo el despoblamiento indígena de la región (Jofré, 2013), nuestro trabajo releva prácticas tradicionales comunitarias en tanto “índices de permanencia”, que son percibidas por los pobladores locales como “continuidad de la aboriginalidad” (Hill y Hill, 1986; Dreidemie, 2007), es decir, como permanencia de las antiguas sociedades que habitaron el territorio, y que hoy en día son recreadas a partir de sentidos de pertenencia y devenir propios, que “aún en jirones” (Segato, 2015) movilizan tramas vinculares y afectos cotidianamente.^{3 4}

En sintonía con investigaciones de arqueología histórica sobre arte rupestre y fuentes etnohistóricas y etnicidades indígenas en la zona (Rolandi de Perrot *et al.* 2003; Cahiza 2013; Ocampo y Pastor, 2017; Rodríguez Mamby, 2018; Boixadós y Larisgoitia 2020), los resultados de nuestro trabajo de campo fortalecen la hipótesis de un territorio sociocultural común de base étnica en una geografía extensa, donde perduran redes familiares, genealogías y modos particulares de territorialización y demarcación de espacios, propiedades comunes, circuitos devocionales, fiestas populares, espacios de juego (carreras de caballos, mulares o galgos, circuitos de apuestas y desafíos), cuidado comunitario de animales, técnicas artesanales, trayectorias y desplazamientos que se reproducen ancestralmente, lo que otorga sentido a un territorio altamente afectivizado, originario, mestizo, dinámico y vigente.

Valle Fértil, zona de frontera

³ Según Brow (1990), todo sentido de pertenencia es fruto de una “comunalización”, es decir, de patrones de acción cuya forma específica está cultural e históricamente determinada.

⁴ Reconocemos como antecedente el trabajo de campo, investigaciones, reunión de material arqueológico (desarrollo incipiente del museo Pachamalui, ubicado en la Villa San Agustín) y diseño de proyectos de intervención territorial realizados por la Profesora María Luisa Costa.

A partir de entrevistas realizadas a los pobladores actuales, sabemos que la población vallista se reconoce, en general, como “criolla” (retomando la narrativa estatal del mestizaje que sólo autoriza algunas categorías dentro de su grilla de ordenamiento y control de la diversidad) y tiene antecedentes y extensiones familiares principalmente en los llanos riojanos (“*los vallistos poseen procedencia riojana*”), pueblos jachalleros (Mogna, Punta del Agua), y valle del Bermejo (Vinchina, Villa Castelli, Villa Unión, La torre, Pagancillo), zonas que actualmente los habitantes de Valle Fértil recorren habitualmente. Si bien algunas familias se identifican como diaguitas (por conservar apellido originario), y se vienen agrupando para conformar “la ruta ancestral diaguita” (“la RAD”) autoproclamando su representación de las “comunidades diaguitas de Valle Fértil”,⁸ el común de la población opta por desconocer o silenciar casi todo acerca de las (propias) genealogías ancestrales diaguitas, capayanes y yacampis.

Para nuestra investigación es significativo que no existe documentación sobre las genealogías familiares, los sistemas parentales, ni sobre la dinámica poblacional relativa a los “puestos”, donde la mayoría de la población rural tiene parientes, o procede, o todavía hoy va y viene con sus animales en una práctica de múltiples domicilios de ocupación estacional que también al día de hoy perdura en silencio.

El Departamento de Valle Fértil se asemeja a una larga lonja que se divide en tres zonas: Norte, Centro y Sur. Dos tercios del departamento son sierras y pedemonte; y el otro tercio, lo conforma la zona de los bajos o ‘balderías’. Al oeste, las Sierras de Elizondo, Sierras de Rivero y Sierras de Chávez conforman los últimos encadenamientos de las Sierras Pampeanas, alcanzando alturas superiores a los 2000 metros y siendo una especie de “dique natural” que otorga rasgos propios a la región en términos orográficos y que también determina el régimen de precipitaciones, el sistema de abastecimiento, los desplazamientos poblacionales. Por un lado, el sistema de las sierras; y, por otro, la problemática del agua. Ambos aspectos son claves para entender la dinámica territorial del departamento.

⁸ Desde el 2013 se dicta en San Agustín de Valle Fértil la Tecnicatura y Licenciatura en Turismo de la UNSJ (en coordinación con el Ministerio de Cultura y Turismo de la provincia). Un programa de extensión de la misma universidad (el PUAJ: programa universitario de asuntos indígenas) se encuentra desarrollado “la Ruta Ancestral Diaguita”, y dicta una especialidad en “turismo étnico”.

La presencia del sistema de las sierras, lugares altos que han sido preferidos por los pobladores nativos para alejarse del dominio y control español, históricamente ha determinado no solo el estilo de vida local sino también muchos de los patronímicos actuales de la población. Aunque existe un silencio historiográfico/etnohistórico o un olvido consensuado al respecto, el abandono de apellidos indígenas y su reemplazo por los topónimos “Chávez”, “Rivero” y “Elizondo”, en referencia a la sierra de procedencia de las personas sucedió durante la segunda mitad del siglo XIX y se encuentra documentado en registros de la Iglesia, de ahí que estos apellidos sean extendidos en la población vallista.

Por otra parte, la problemática del agua. La historia social y productiva de Valle Fértil está atravesada por ella. La región posee cursos de agua temporarios y permanentes cuyo escurrimiento se produce por quebradas como las que recorren los ríos Chucuma, La Mesada, Astica, Las tumanas, del Valle y Usno. La zona baja o de balderías se prolonga hacia los llanos riojanos. Se llama “baldes” al particular sistema de extracción de agua. De ahí toman sus nombres varias de las localidades del departamento: Baldes del Sur de Chucuma, Baldes de Funes, Baldes de Astica, Baldes de Las Chilcas, Baldes del Norte, Baldes del Rosario y Los Baldecitos. Alrededor de cada balde históricamente se instaló un grupo de familias. Hoy los baldes siguen activos y conforman un recurso que tradicionalmente se administra comunitariamente.

En época de lluvias, la provisión de agua se realiza por represas. Alrededor de ellas se desarrollan en la época de invierno las famosas “rondas”, un evento que movilizaba y moviliza a la comunidad particularmente de los pueblos rurales. Allí se desafían las destrezas ganaderas de las personas: la junta anual de animales. Dado que los campos fueron mayormente abiertos, los animales tienden a concentrarse en busca de agua. En las rondas cobran importancia las “marcas” o señales familiares de la hacienda, vacas, caballos, mulas, burros; también la solidaridad comunitaria, para la identificación y devolución de cada uno a su dueño. En este sentido, la instalación de alambrados está modificando esta costumbre en torno a aguadas comunes (*“ahora poco se ronda porque están los alambrados”*, nos dice un poblador de Baldes del Rosario).

La artesanía tradicional: el pasado en el presente

“en el valle, cada persona tiene su mular y su ensillado. Cuando se sale al campo se va por varios días, y hay que llevar todo lo necesario: pelero, sudador, jergones, carona, montura, pellones, sobrepellón, alforja, lazos, yerbatera, mate... y el poncho que no puede faltar”

José Hidalgo, maestro rural de La Majadita. San Agustín de Valle Fértil, 19/05/2020

Las artesanías tradicionales son índices claros de continuidades etnoculturales y recreaciones, dado que sus técnicas y procesos productivos fueron aprendidos de las generaciones pasadas, transmitidos familiar o comunitariamente en una región. Persisten en ellas materiales, técnicas y rasgos idiosincráticos del lugar en el que son elaboradas. La matriz moderno-colonial-capitalista, que objetiviza y preteriza la producción y los saberes originarios, señala que poseen “un alto valor patrimonial”.⁹

Vinculados a la recolección de frutos y la trashumancia en tiempos prehispánicos y luego cada vez más fuertemente a la ganadería, los rubros artesanales tradicionales que todavía hoy se ejercen del Departamento de Valle Fértil se enlazan con el ambiente vallista al aprovechar los materiales naturales del lugar: madera, cuero, lana y pelo, pasto, tierra, piedras. En primer lugar, la cestería de coirón de raigambre indígena aún perdura. Este arte nació enlazado a las prácticas recolectoras del lugar mediante la confección de canastos para semillas (llamados ‘*pirwas*’), tamices de harinas, e incluso se empleaban baldes de coirón para la colecta de agua. Los restantes rubros tradicionales tienen al caballo y al jinete como figuras centrales. Actualmente encontramos en la región artesanos dedicados a: la soguería o guasquería (orig. ‘*waska*’ del quechua: lonja de cuero); la artesanía en madera en particular para la elaboración de estribos, monturas y muebles rústicos; el tejido ‘en telar plantado’ o ‘telar de palos’ para la confección de

⁹ La normativa internacional y nacional sobre “artesanía” la define desde una posición epistémica y ontológica moderno-colonial y capitalista como “un objeto o producto de identidad cultural comunitaria, hecho por procesos manuales continuos auxiliados por implementos rudimentarios y algunos de función mecánica que aligeran ciertas tareas”. A su vez, nos dice que “la materia prima básica transformada se obtiene en la región donde habita el artesano”; y que “el dominio de las técnicas tradicionales de patrimonio comunitario permite al artesano crear diferentes objetos con maestría, imprimiéndoles valores simbólicos e ideológicos de la cultura local”. “La artesanía se crea como producto duradero o efímero, y su función original generalmente es utilitaria sin olvidar el valor estético: en este sentido, puede destinarse para el uso doméstico, ceremonial, adorno, vestuario, o bien como implemento de trabajo”. (Ley n. 6984 de Artesanías de San Juan -1999-; reglamentación UNESCO).

jergones, peleros y ponchos; el bordado ‘en felpa’ de alforjas (y otros bordados)¹⁰; la herrería equina.

Tres rubros de tradición artesanal vallista están en situación de alta vulnerabilidad dado que casi no se practican en la actualidad: la cuchillería, la platería (elaboración de miniaturas, mates y bombillas que hoy se conservan como piezas de gran valor) y la elaboración de tambores o ‘cajas’ que en el pasado –no tan lejano– se empleaban popularmente para identificar los grupos o comunidades provenientes de diferentes puestos serranos en las fiestas devocionales. La circulación de vírgenes (imágenes), “las visitas” entre localidades y la “asociación entre capillas” son modos prevalecientes de habitar el territorio vallista, posiblemente “un sistema de visitas entre puestos” (los hoy llamados “*campos de la virgen*”) muy anteriores a la evangelización, que perduran aún bajo un profundo sincretismo de creencias.¹¹

A continuación, se reúnen testimonios de artesanos y artesanas tradicionales de Valle Fértil. Obsérvese la referencia recurrente a las Sierras (la mención a numerosos puestos como lugar de procedencia) y la alta movilidad familiar:

“Yo ya vengo de sangre. Me gusta. Empecé primero a hacer trenzas de 3, con hilo, después me fue explicando mi mamá y mi hermano. Empecé a trenzar más sencillos, y luego fui aprendiendo más. Cabestros, bozal, riendas y lazos, caronas, sobrepellón, todo lo que es para el caballo. Algo también sé hacer tela. Hasta 18 tientos sé trenzar (...). Alexis, mi hermano, hace tela y bordado. Mi mamá está con la tela. Crecí en Quimilo, luego Quebrada de Usno y ahora en San Agustín (...). Mi hijo de tres años lo intenta, hace costura. Tengo 5 hijos. A mí se me complica porque trabajo solo. Ya se va a criar la ayuda.”

Adán Quiroga, sogueros/guasquero, San Agustín de Valle Fértil, 25/06/2020

“Soy cesterera de pasto coirón, originaria del puesto rural San Antonio (Balde del Rosario). Aprendí este arte de mi madre y mi abuela indígena. Mi abuela trenzaba costureros de pasto coirón, pieza tradicional que también yo elaboro. El coirón lo obtengo de la loma, las viñas y las sierras. Luego de la recolección, corto el pasto, lo selecciono y limpio; después lo dejo secar a la sombra un tiempo; finalmente lo humedezco para trenzarlo. Antiguamente también las vasijas para llevar

¹⁰ Algunos pobladores refieren que el tipo de flores bordadas sobre las alforjas revela las Sierras de donde provienen las personas: claveles para las Sierras de Chávez, rosas para las Sierras de Rivero, amapolas para las Sierras de Elizondo. Este dato, “con olor a jarilla”, sugiere que los textiles incluirían formas de reconocimiento.

¹¹ Actualmente son muy populares y esperadas las Fiestas devocionales de Aguango (Virgen de la Merced), Amaná (Virgen del Rosario), Los Bretes, Jagüel (Nuestra Señora del Rosario de Andacollo, venerada por más de cuatro siglos por el pueblo de Coquimbo, en Chile), la Fiesta de Patquía, La Fiesta del Cerro Blanco en La Torre, etc. En cada uno de estos eventos se reciben comitivas, generalmente de a caballo, provenientes de las diferentes localidades del valle, las sierras y los llanos riojanos.

agua se hacían de un tejido de pasto coirón grueso combinado con cuero. ‘Yo lo que quiero que nunca deje de hacer esto, porque ahí en el fondo de su jardín se le va a llenar de pasto’, me dijo mi madre al morir. Por eso lo sigo haciendo.”

Alicia Agüero, cestera en pasto coirón. San Agustín de Valle Fértil, 17/05/2020

“Nosotros tenemos ancestros diaguitas, los Villafañe, que vinieron de Jáchal. A trabajar la lana la sabía ver a mi abuela, Norberta Agüero, que aprendió de mi bisabuela, Jacinta, luego de mi mamá. Yo aprendí de verla cómo tejía en el puesto San Antonio. La primera tela que tejí fue un jergón. Mi mamá nos lo regalaba a todas las hijas cubrecamas tejidos, y a los muchachos, a mis hermanos, un poncho. Mi mamá ahora tiza por las noches. Mi hija no quiere aprender. Hasta mi generación tiraba vivir en el campo. Al son de que la juventud se va del pueblo para estudiar o trabajar, al no haber desarrollo acá, la juventud se va y ya no vuelve. Hoy el trabajo en el campo está difícil. Lo mismo con las lechadas. La generación nuestra, yo, mis hermanas. Las más jóvenes ya no lo hacen.”

Elena Villafañe, telera. Baldes del Rosario, 28/06/2020

“Soy hija de Luisa Escudero, originaria de los llanos de Chepes (La Rioja). El Mercado Artesanal de San Juan lleva el nombre de mi madre. Somos seis hermanas y todas aprendimos a bordar. Vivíamos en la Sierras de Elizondo. Allí nos criaban de chiquitas bordando, tejiendo... Nos sentaban todas juntas y si nos equivocábamos nos reprendían con un tirón de pelo. ‘¿Ponen atención o no?’ y chás, ¡un tirón del jopo! Jugábamos a quién tejía más rápido, más bonito, en el telar de palo que estaba en el patio de la casa. Urdíamos el hilo, lo cruzábamos y lo enlzábamos, todo lo hacíamos a mano. Sé bordar tendido, tejidito, en punto cruz, en felpa, el bordado de realce. El teñido en lista atada no me lo quisieron enseñar, pero yo la vi cómo lo había hecho y lo intenté, y lo hice. Hemos aprendido de ver, de ver cómo estaba haciendo las cosas mi mamá.”

Catalina Chávez, telera, bordadora. San Agustín de Valle Fértil, 13/06/2020

“Nací y me crié en Los Chañares, un puesto de Los Bretes. Cuando me casé, me trajeron a La Majadita. Acá tengo mis ovejas, las cuido y esquilo a tijera. Dejo unos días la lana al sol con ceniza, la lavo, le saco la ceniza, la mugre, y de ahí la voy tizando e hilando en huso. Luego preparo la urdimbre para tejer en el telar criollo ‘de palos’ la tela. Aprendí mirándola a mi madre, cómo ella hacía los tejidos. Viene de mi abuela, Anastasia Chávez, y mi madre, Genoveva Burgoa. Ella era de Los Bretes. Cuando me vine a vivir con mi marido, hice mi primera práctica. Las hijas, ninguna. La más chica quizás le tire algo. Por ahí le da por hacer algún tejido... A mí me es un orgullo que tengo. Le digo a mis hijos que no me pidan que deje de hacerlo. Yo sigo haciendo lo que me gusta.”

Nicolasa Díaz Burgoa, telera. La Majadita, 29/06/2020

“Mi mamá es oriunda de la Majadita y mi padre de Sierras de Chávez. Mis padres han sido nómades, andaban de un lado al otro. Nos hemos venido a estabilizar acá, en La Majadita. Mis padres han vivido en el puesto Las ovejas, La Quebrada honda... Yo nací en La Majadita, del otro lado del río. De chicos nos prestaban para pasar los cabritos, ayudar en las tareas del chiquero, hacer tareas de campo. Con mis hermanos, veníamos en burrito al valle a vender leña. Mi tía Teléfora me enseñó a hacer costureros con pasto coirón. Me enseñó también a esquilar, cocinar, carnear un cabrito, recolectar frutos, secarlos, armar escobas con pichana. Muchas cosas que hoy ya no se hacen. Desde chica. Nunca lo olvidé. Lo hago. Quiero que mis hijos lo aprendan, que no

se olvide. Somos descendientes del pueblo diaguita. Somos 14 hermanos. Me siento india. Soy parte de esta comunidad.”

Rosana ‘La Vivi’ Chávez, cestera en pasto coirón. La Majadita, 01/08/2020

“Nací en los Bretes y de chica nos vinimos con mis padres a la Majadita. Aprendí a hilar y tejer de mi madre, que era de Las Juntas. Le enseñé a mis cuatro hijas. Tengo mis ovejas, las esquilo una vez al año, extendiendo al sol la lana para que se absorba la grasa, le pongo ceniza de la leña, luego la lavo, la limpio para hilarla en huso o rueca. Para hacer las telas, un poncho me lleva seis meses, y 3,5 kg de hilo listo para poner en el telar. Elaboro alforjas, jergones, peleros, tapices, telas de campo... Las alforjas las bordo en felpa. También hago yerbateras bordadas en realce. Desde los catorce años empecé a hilar y tejer ayudando a mi madre. Es mi orgullo que tengo, para mí es una pasión. Es una herencia que les estoy dejando a mis hijas. Me gustaría que no se pierda la tradición, Cómo se hila, cómo se teje en el telar, todo se hace a caña, a palito, a dedo, nada de máquinas. Para las sierras se han ido a la fiesta de santos, y ya vienen los nietos que también quieren alforjas bordadas.”

Susana ‘Zuly’ Ruarte, telera, bordadora en felpa. La Majadita, 12/06/2020

“Soy originario de Sierra de Chávez, me defino como un criollo inquieto. Me dediqué más de 25 años a la herrería artesanal. Todo a martillo, todo a pulmón. Elaboraba herraduras, frenos, rienderos, destorcedores, argollas para lazos, trabas para animales chúcaros, cuchillos, espuelas, trampas para atrapar matacos, herraduras para las vacas para cruzar a Chile... Fui también pirquinero. Me gustaba tocar la guitarra, el acordeón, la armónica. De niño aprendí viendo trabajar; y luego haciendo lo mío. Me he criado trabajando, me he criado sobre los animales.”

Severo Gómez, herrería equina. San Agustín de Valle Fértil, 31/05/2020

“Soy el único y último maestro artesano que realizo las monturas vallistas, llamadas ‘cascos vallistos’. Ejercí el oficio desde los 6 años. Aprendí de mi padre, tíos y abuelo. Mi abuelo Máximo Rojas fue nuestro maestro. La montura vallista es blanca porque está forrada en cuero vacuno crudo, es resistente y flexible, ideal para las sierras. Con un puñado de higos y un pedazo de pan, de niño me pasaba horas girando la fragua para que mi abuelo elaborara las monturas, que hoy confecciono yo.”

Raúl Ergidio Osiris Rojas, Monturas Vallistas. San Agustín de Valle Fértil, 16/05/2020

El tiempo de los arrieros

Una época que ha develado mucho de las costumbres, las rutas históricas de desplazamiento de los habitantes por la región y ha dado impulso a la labor artesanal (por la alta demanda de productos vinculados con el caballo –la soguería, la herrería, los textiles, etc.-) es la llamada “época de los arrieros”. Desde tiempos coloniales hasta la actualidad, “los arrieros han sido partícipes silenciosos de una rica historia regional”

(Podestá *et al.*, 2006, p.174).¹² La visibilidad académica de estas prácticas es reciente (los estudios comienzan desde 1970 en adelante), pero existen relatos de viajeros del S. XIX que las refieren. Investigaciones recientes muestran que, si bien la arriería ha tenido su tiempo de auge durante los S. XVIII y XIX, la práctica de arrear ganado (cabalgar, vacuno, mular o caprino) se apoya sobre capacidades de los pobladores locales (los “camperos”, “baquianos”, “crianceros” y “rastreadores”) y se sostiene sobre circuitos de tránsito, descanso, engorde, “zonas de invernada” (del lado chileno) y “zonas de veranada” (del lado argentino), etc. de rutas ancestrales, que incluyen varios pasos hacia Chile. Valle Fértil, Jáchal, Huaco y Pagancillo, fueron localidades integradas a una amplia red de intercambio. Los arrieros llevaban hacienda y traían diferentes bienes (telas, sedas, azúcar, monturas, frenos, espuelas, yerba, tabaco, sal, conservas, etc.), constituyendo una importante circulación de comercio trasandino, atraídos por el desarrollo que en el norte de Chile habían alcanzado las minas de sal. Estas mismas rutas siguen siendo utilizadas hoy en día por las empresas mineras (a gran escala), emprendimientos turísticos, gendarmes y carabineros, mientras perdura el tránsito tradicional y trashumante de crianceros, pastores, baquianos, arrieros y pirquineros.¹³

Los arrieros son asimilados habitualmente con la población indígena. Son percibidos por la población actual en la zona de Calingasta como personas con gran conocimiento del terreno, rutas y sitios de refugio cordilleranos, además de las técnicas de manejo del ganado y de la carga y transporte de mulas. Son considerados jinetes y rastreadores hábiles, con capacidad de supervivencia y resistencia física y con conocimiento de los usos tradicionales de los recursos que brinda la naturaleza.

Entre los oficios artesanales tradicionales de Valle Fértil, mencionados previamente, la herrería equina ha sido muy demandada en la época de los arrieros, y aún sobrevive. Además de ser un servicio imprescindible para el hombre de a caballo, los

¹² “Cuyo era una región con un intenso movimiento comercial en el cual los arrieros de vacunos cumplían una función vital. La importancia del arreo en la provincia de San Juan se refleja en un censo realizado poco después de 1860, en el cual, de los 32.640 varones, 4.235 se declararon arrieros de ganado (Levene, 1942), es decir el 13% de la población masculina.” (Podestá *et al.*, 2006, p.4).

¹³ Aprovechando esta dinámica histórica de desplazamientos, pero con intereses transnacionales (turismo y minería), es que se proyecta “el corredor bioceánico” sobre la actual ruta nacional n. 150, que atraviesa el área diaguíta (desde los llanos riojanos, pasando por Valle Fértil y Jáchal, valle del Bermejo, emplea el paso de Pircas Negras, y deriva en La Serena, del lado chileno).

herrereros fueron quienes confeccionaban las herraduras para las vacas con el objetivo de lograr el cruce de la Cordillera de los Andes.

Los herreros también son los encargados de confeccionar las “marcas”. En Valle Fértil es de mucho valor “marcar a fuego” los animales. Los hombres de campo y los peones marcan históricamente “con el fierro” los animales. En las carreras cuadreras, en los arreos o andanzas por diferentes pagos el campero alardea con las marcas, que se constituyeron de a poco en una especie de distinción de los animales y orgullo de sus dueños. Existe multiplicidad de marcas con diversas formas: iniciales de los dueños, herramientas de labranza, pájaros, árboles, símbolos devocionales, armas, miembros del cuerpo humano, combinaciones abstractas de curvas y rectas. Muchos de estos signos fueron grabados en las piedras de los caminos por los arrieros. Los sitios arqueológicos de arte rupestre “Piedra Pintada” y “Agua de las Marcas” y muchas otras piedras grabadas previamente en épocas prehispánicas, son testigos de la práctica de la arriería a lo largo del tiempo.¹⁴ Entre petroglifos prehispánicos esos sitios contienen también “marcas” que dejaban los baqueanos de sus haciendas o los crianceros al pasar por allí en las diferentes épocas en que se practicó la arriería. Son espacios donde se observan varias etapas de marcación: testigos de una circulación de personas que se ha resignificado en diferentes épocas, pero utiliza los mismos caminos. Aún hoy, las marcas son claramente reconocibles por los hombres de campo, aquellos que están en contacto cotidiano con el ganado. Conocer las ‘marcas’ de los abuelos/antepasados es de altísimo valor para recuperar la historia regional de Valle Fértil.

Un último aspecto que me interesa señalar en términos de resciliente para la región es un sistema peculiar de estructura agraria y dinámica de acceso diferencial a la propiedad de la tierra y las aguadas, aparentemente vinculado con la existencia de los otrora campos comuneros. El estudio de Boixadós y Farberman (2011) ilumina esta dinámica que, una vez más, enlaza Valle Fértil con los llanos riojanos.

“Hacia mediados del siglo XIX, prevalecía en la zona una estructura de propiedad colectiva caracterizada por «la dispersión geográfica de los derechos de muchos propietarios» en la que coexistían la propiedad y administración común de pasturas, agua

¹⁴ Las investigaciones del INAPL en el marco de un Programa de Documentación y Preservación del Arte Rupestre Argentino (por ejemplo, Podestá *et al.*, 2006) resultan claves para entender los grabados en las piedras o petroglifos de la región.

e instalaciones con el goce individual de huertos, maizales y ganado” (Boixadós y Farberman, 2011, p. 1).

Este estudio se ocupa de revisar, en base al análisis de pleitos de dominio y uso catastral, la formación histórica de la dinámica agraria desde la época de la colonia, desde las “malocas” (caza de indígenas y traslado de la población para el vaciamiento territorial), hasta principios de S.XX, época de los arrieros, cuando los llanos riojanos se integran a un circuito comercial más amplio. Es relevante señalar el interés de este estudio en analizar la porción más invisible del sector invisibilizado del campesinado: los agregados y “pobres de Jesucristo”, en general, la población indígena y mestiza.

La actual estructura agraria (caracterizada por la imprecisión en la demarcación y la dispersión de derechos) y el real empleo de las tierras y las aguadas, potreros y pasturas en la región mantienen rasgos del pasado donde las tensiones entre diferentes lógicas se tornan evidentes: parecen persistir rasgos de los antiguos campos comuneros (con independencia relativa de los títulos de propiedad, se trata de campos abiertos sin alambrar, en el que se institucionalizan prácticas campesinas), aguadas compartidas y prácticas ganaderas. La arriería y las rondas, por ejemplo, se constituyen, actualmente, en espacios de vinculación comunitaria (de juego, relatos, desafíos, competencias, destrezas, “pactos rurales”) altamente valorados. Su relación con los campos comuneros, la historia de la estructuración de jerarquías sociales y el acceso diferencial a los recursos (agua y pasturas) requiere de investigaciones específicas sobre la historia agraria regional para convalidarlo.

“Las Sierras siempre fueron espacio de resistencia”. Apuntes de cierre

A partir de estas observaciones preliminares, entendemos al territorio integrado por un acervo sociocultural común y por prácticas históricas aún vigentes que afianzaron redes parentales relacionadas principalmente con la actividad ganadera, que han marcado la idiosincrasia general del lugar: el arreo de animales, el sistema de marcas (señales de hacienda), rondas o ‘juntas de animales’, aguadas y zonas de pastoreo comunes, junto a costumbres, desplazamientos, devociones y genealogías familiares. De esta continua interacción humana, entre sierras y valles, de un lado y del otro de la frontera provincial dan cuenta las pinturas rupestres, los morteritos (zonas comunes de molienda, de tradición

indígena), las rutas de arrieros que rememoran rutas ancestrales desde el centro del país hacia Chile, los sistemas de colecta de agua y canalizaciones que delimitan zonas cultivables complementarias, numerosos relatos de vida y técnicas artesanales tradicionales. En todos los casos, las Sierras son espacios claves de persistencia.

La observación y escucha atenta de las voces campesinas resultan perturbadoras. Sus relatos subvierten los sentidos preterizantes de los discursos científicos y oficiales sobre las comunidades aborígenes o campesinas del lugar, y sostienen prácticas y lugares de memoria colectiva con fuertes resonancias afectivas, aunque mayormente silenciadas. En este sentido, existe una tensión entre el dominio comunitario y el espacio de exposición pública: lo que la mirada externa sobre Valle Fértil destaca y patrimonializa dista de lo que la vida cotidiana, los sentidos de pertenencia, la cotidianidad y los deseos de porvenir de los pobladores rurales experimentan y valorizan. Mientras desde las políticas actuales (municipales y provinciales), Valle Fértil “se prepara para el turismo”¹⁵, nuestra investigación nos ha enfrentado a la existencia de una deuda interna en la región; en principio, para decolonizar ideas preconcebidas, simplificadas y atemporales del “ser indígena”, y, en su dimensión ontológica, para dejar de ser “*un pueblo enfermo de progreso*”¹⁶, o “*una sociedad que se fuga de sí misma*”¹⁷.

Referencias bibliográficas

Anderson, B. [1983] (1993) *Comunidades imaginadas. Reflexión sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica, México

Barth, F. (1976) *Los grupos étnicos y sus fronteras*. Fondo de Cultura Económica. México.

Boixadós, R. E. y Farberman J. (2011) Propietarios, agregados y «pobres de Jesucristo». Tierra y sociedad en Los Llanos riojanos en el siglo XVIII. En: *Historia Agraria*, 54, pp. 41-70.

Boixados, R. y Larisgoitía M. C. (2020) Archivos y (des) memorias indígenas en La Rioja (Argentina) Consideraciones a partir de experiencias de trabajo sobre el pasado y el presente. *CORPUS*. Archivos virtuales de la alteridad americana. Vol. 10, Nro. 1.

Brow, J. (1990) “Notes on Community, Hegemony and Uses of the Past”. *Anthropological Quarterly*, 63 (1): 1-6.

¹⁵ El diseño de la “Ruta de los Sueños”, que unirá las sierras entre sí y “hacia el mundo”, parece orientarse en esta dirección: posiblemente promueva la propiedad privada, el turismo y la mercantilización de lo autóctono.

¹⁶ La cita pertenece al famoso documentalista Prelorán (Diario La Opinión, 3/3/1974).

¹⁷ La cita es de la investigadora Celestina Stramigioli, especialista en arte textil cuyano (en comunicación personal, 07/11/2019).

Cahiza, P. (2013) Las Piedras marcadas. Representaciones rupestres del piedemonte occidental de la Sierra de Valle Fértil, San Juan. *Anales de Arqueología y Etnología*. Mendoza, p. 87 – 101.

Dreidemie, P. (2007) *Estrategias discursivas de persistencia cultural: (dis)continuidad del Quechua en el 'habla mezclada' de migrantes bolivianos en Buenos Aires*. Tesis de Maestría en Análisis del Discurso, Instituto de Lingüística, FFyL-UBA.

Foucault, M. (1973) *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa.

Garcés, D. (2020) Turismo étnico sin comillas. Diaguitas, turistificación y culturización en Valle Fértil, San Juan, Argentina. En: Álvarez Ávila, C., Bompadre, J. M. y C. Marchesino (Edd.) *Encrucijadas de la interculturalidad en tiempos multiculturales*. Buenos Aires: Prometeo, pg. 65-88.

Grossberg, L. (1992) *We gotta get out of this place; popular conservatism and postmodern culture*. New York y London: Routledge.

Hill, J. H. y D. Hill (1999): *Hablando mexicano; La dinámica de una lengua sincrética en el centro de México*. México: CIESAS.

Jofré, I. C. (2013) *Los pájaros nocturnos de la historia. Una arqueología indígena de las sociedades capayanas del norte de San Juan*. Tesis para optar por el Grado de Doctora en Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Catamarca.

Jofré, I. C. (2019) ¿Por qué pena el mineral? Teorías mestizas fronterizas y ontologías de lo real con relación al extractivismo minero en San Juan, Argentina. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* 37: 75-94.

Ocampo, M. y Pastor S. (2017) Circulación de información y repertorios compartidos entre grabados rupestres de los llanos riojanos y del nororiente de San Juan (Argentina). En: *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano - Series Especiales Vol. 5 N° 1, Año 2017* pp. 40-50.

Podestá, María Mercedes; Rolandi, Diana S.; Re, Anahí; Falchi, María Pía y Oscar Damiani (2006) Arrieros y marcas de ganado. Expresiones del arte rupestre de momentos históricos en el desierto de Ischigualasto. En: Fiore, D. y M. M. Podestá (eds.) *Tramas en la Piedra. Producción y Usos del Arte Rupestre*. Buenos Aires: Asociación Amigos del Instituto Nacional de Antropología, WAC (World Archaeological Congress) y Sociedad Argentina de Antropología. Pg. 169-190.

Pratt, M.L. (1992) *Ojos imperiales; Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

Rodríguez Mamby, L. (2018) *Etnicidad, territorio y sociedad de consumo en Valle Fértil, Provincia de San Juan, República Argentina*. Tesis de Grado para optar por el grado de Licenciado en Ciencias Antropológicas. Buenos Aires: FFyL-UBA.

Rossi, E. y Canevaro S. (2017). “Afectos, economía y política en las prácticas económicas de migrantes peruanas en Buenos Aires”. *Etnografías Contemporáneas*, Año 3, N° 5, pp. 64-91.

Rolandí de Perrot, D.; S. Guráieb; A.G. Podestá; M. M. Re; A. Ramos; y R. Rotondaro (2003) El patrimonio cultural en un área protegida de valor excepcional: Parque Provincial Ischigualasto (San Juan, Argentina). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*. Tomo 28, p. 231-239.

Saldi, L.; Wagner, L.; y Escolar D. (2014) Discursos de lo social en problemáticas ambientales: agua y minería en el centro-oeste argentino. En: *Ambiente & Sociedade*. São Paulo v. XVII, n. 1 n p. 97-114.

Segato, R. (2015) *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos. Y una antropología por demanda*. Buenos Aires: Prometeo.

Svampa, M. & Viale E. (2014) *Maldesarrollo. La Argentina del extractivismo y el despojo*. Katz Editores, Buenos Aires.